

Dimensión y sentido de la Obra de Charles Moeller

II

De aquí, de esta alta y serena posición espiritual, le nace ese difícil y vigoroso, inexpugnable optimismo, con que sale al paso de los agoreros signos de nuestra época, que él interpreta como una clave de esperanza, como una profundización del Cristianismo en las mejores almas de hoy, a las cuales descubre el misterio consistente en que "este Dios en el que creemos, realiza esta paradoja de la presencia real en la ausencia aparente" (I, p. 471) y que las causas segundas en las que Dios ha aceptado ser crucificado, **corporalmente en la Cruz, espiritualmente en los Evangelios, son una penumbra que vela y revela al mismo tiempo la presencia del Dios de amor**" (II, p. 349); por lo cual canta con júbilo pascual el aleluya de que "Dios es más joven, más tierno, más fuerte, y más actual que el más actual de los periódicos de esta mañana" (III, p. 21).

Esto mismo quiso expresar Julien Green ante la desconcertante ausencia aparente de la divinidad: "Dios no habla", pero "todo habla de Dios" (Journal, V, p. 247-263). Sí, "donde la mirada humana no ve más que un sombrío juego de azares, el espíritu de fe descubre el rostro oculto de Dios" (II, p. 182).

Y, termina con tono triunfal Charles Moeller: "La esperanza se oculta en el tiempo en que vivimos. Dios prepara el descubrimiento de la esperanza cristiana, para aquellos a quienes ama. Y ama a todos los hombres. Esconde esta esperanza, que releva a la esperanza humana, en el surco de este siglo carnal" (III, p. 26).

De todo este conjunto de cualidades, difícilmente aliadas en otras formas de crítica, resalta la más rara y excepcional de todas: la capacidad de comprender.

Charles Moeller ha adoptado en su obra una clara actitud de comprensión para todos, de sincera y honda comprensión. El se presenta —ya lo hemos dicho— como (un) sacerdote católico. Esto es verdad, y él lo declara abiertamente —"mi intención, en este

volumen, es dar unas cuantas lecciones de teología" (I, 32) y "el centro de este libro es Jesucristo" (II, 17—, además de revelarlo así el sentido de sus comentarios. Su mensaje es el de un embajador de Cristo por la Gracia del Cielo. Trata de desvelar a las inteligencias de ahora la actualidad de la doctrina cristiana. Sabe demasiado bien, y son palabras suyas, que "el anticuamiento de las ciencias religiosas y de la teología en la Iglesia se paga siempre en el plano de la moral y de la espiritualidad" (II, 202).

Pero este carisma sacerdotal no le inhibe el corazón y la capacidad de comprender. Al contrario, precisamente de su condición de elegido de Dios para una misión redentora entre los hombres, le viene esta dilatación de su alma humana y una sensibilidad nueva para el ajeno drama, que trata de vivirlo en el espíritu solidario de su conciencia sacerdotal.

Su máximo afán se cifra en ver "desde dentro" las obras literarias que va a juzgar. Verlas surgir, desarrollarse y expresarse en el alma y en el oculto drama de la vida de sus autores, antes de realizarse en formas exteriores. Trata de asistir a su gestación íntima, callada y, muchas veces, tan dolorida, tan desconcertante en sus inesperadas sorpresas.

De ahí que toda frase posea para Charles Moeller singular significación e importancia. Casi estoy por decir que, a veces, me parece conceder excesiva trascendencia y aun, en ocasiones, sin advertencia. Esta es una objeción que me ha asaltado más de una vez leyendo a Moeller.

Sin embargo, pensándolo bien, se puede hallar una explicación.

Todo crítico, en su quehacer valorativo, tiene que proceder con honrada seriedad. Ha de juzgar lo que nos han dejado los escritores en sus obras fundamentales, teniendo en cuenta la verdad profunda formulada por Emerson: "El hombre es la mitad de sí mismo; la otra mitad es su expresión". Y que, más líricamente, expresa el gran (poeta) argentino J. E. Rodó: "Un libro que se escribe, o es papel vano o es un alma que teje con su propia substancia su capullo".

Total que, o las cosas se escribieron sacadas del fondo de sí mismo, o fueron entretenimientos frívolos del momento. Esta suposición sería un in-

sulto a la sinceridad y al dolor humanos de la creación literaria. Aun en instantes de ligereza afloran las ideas que, quizás menos conscientemente maduras, aletean en el paisaje interior.

Es decisivo a este propósito el testimonio de Arturo Uslar Pietri, uno de los valores actuales más sustantivos de la Literatura Venezolana: "Lo que puedan valer mis obras dentro de la literatura de mi tiempo, es cosa que yo difícilmente puedo juzgar; pero en cambio, sé muy bien a ciencia cierta que son para mí de una importancia extraordinaria, de una importancia tan extraordinaria como mi propia vida, porque, después de todo, y acaso en el sentido más valioso y verdadero, son mi propia vida, es decir, lo más propio, reconocible y duradero de ella" (Introd. a sus Obras Selectas, Edics. Edime, Madrid-Caracas, 1953, XII); y, más adelante: "Ningún escritor puede creer sinceramente que lo que escribe es insignificante, por la misma razón por la que ningún hombre verdadero puede admitir que su vida sea insignificante" (Ibid. XVI).

Y Charles Moeller, que ahonda como pocos en la vida de los escritores, sabe eso mejor que nadie. Lo que ocurre es que asesta el instrumental óptico de su crítica, como indicábamos antes, desde un puesto de observación tan inesperadamente profundo que, por fuerza, han de venir revestidos de una enorme seriedad sus diagnósticos y de una insospechada trascendencia las resonancias espirituales que desvela aun en expresiones lanzadas a vuela pluma.

Recapitulando.

Charles Moeller hará crítica de las cualidades y deficiencias humanas del escritor, denunciará con insobornable sinceridad sus falsedades y sus perjudiciales influjos. Mas, ante el hombre, mostrará un respeto sagrado, una ternura delicada y alentadora, un amor sin equívocos ni sobornos ninguno. "Yo no sé si Gide, o Sartre, o los otros, son culpables a los ojos de Dios; lo que rechazamos en ellos no es el hombre, sino la obra" (I, p. 467). Los tratará, por tanto, como a almas en "carne viva".

Ojalá aprendamos esta verdad que no es sólo aplicable a nuestra centuria: "El desarrollo apocalíptico de

nuestro siglo XX, nos ha enseñado que los caminos del Señor no son nuestros caminos" (III, p. 20).

Hay que salvar siempre al hombre en la condenación de su obra equivocada. Es preciso edificar, no demoler. Y "construir es siempre obra de amor" (Bernanos).

Pero amar es, antes, comprender. "De todos los placeres, el de comprender es el único que no cansa jamás", escribió el autor de *Il Promesse Sponsi*. En contrapartida, el demonio se define a sí mismo en Fausto: "yo soy el espíritu que niega"

Es consolador pensar que todos los pueblos tienen de común el cielo. Precisamente el cielo. Y cada hombre puede decirse la verdad que clama Hamlet: "Mi destino da voces. Aun soy llamado".

Es decir, nos traducirá Charles Moeller, aún hay esperanza.

Porque, todo hombre busca un corazón en donde viva el amor. Y cuando lo encuentra, se le abre un acceso al Amor. Sus tremendos insultos muchas veces no son sino gemidos de un alma en trance de búsqueda, gritos en la noche hacia Alguien.

"¡Al infierno, si allí se ama!", grita la Infanta al Conde Alarcos. No, allí no se ama, ni se puede amar. Al contrario, el infierno es la elección de no amar para toda la eternidad. Pero ese grito enloquecido y sublime revela, una vez más, la sed fundamental e inextinguible del corazón humano, su "Terrible nostalgia de lo absoluto" (Julien Green). El hombre que odia está más cerca del amor que el indiferente. Un gran odio está muy próximo a un gran amor. La voz del niño y la voz de la niña, conforme avanzan en la vida, se van distanciando y diferenciándose cada vez más, pero es para poder entonar el apasionante dúo del amor.

Necesitábamos un ejemplo como el de Charles Moeller.

¡Cuántas irremediables heridas habremos inferido en las almas inmortales de aquellos a quienes cómodamente denominamos adversarios de la Iglesia, por nuestra pasión humana, por querer ser más papistas que el Papa, por pretender corregir la plana a Dios que, mientras moría por todos, clamaba: "¡Padre, perdónalos porque no saben lo que se hacen!"

¡Cuánta complicación en las técnicas presentes; cuán grande complejidad y confusión en las formas del moderno vivir: el arte, por caminos abstrusos; la literatura extraviada entre oscuros y extraños intentos; la filosofía persiguiendo innobles fórmulas de increíble vacuidad.

Total, para acabar sintiendo más que nunca, en el fondo del corazón, la sed de amar y ser comprendido, la necesidad de un amor grande y elevador, del amor absoluto, con Dios al fondo; puesto que sólo El, Dios, "puede purificar ese mar de sargazos que ruge en nuestras secretas profundidades" (I, p. 397). "No se debe poner a Dios en segunda fila", dice Largillier en "Augustin ou le Maître est là", (J. Maleguc, II, 499), porque, afirma Moeller, "desde siempre, el problema de Dios ha obsesionado a los hombres suscitando sus blasfemias, su fe o su desesperación" (II, p. 77).

Para solo citar un ejemplo, volvamos a Gide.

Se pasó la vida entera combatiendo los demonios de la carne con el ansia de coger con sus afanosas manos la felicidad. Después, al fin de su jornada, quiso afectar una serenidad goethiana — ¡Goethe, pidiendo en su agonía luz! — de la que había tratado de desalojar a Dios. Muere, aparentemente, con olímpica impassibilidad de dios antiguo. Pero nosotros sabemos que este Gide que escribió "Señor, vengo a Vos como un niño"... (Numquid et Tu, Journal, I, 588), era cada vez más "inquietante e inquieto" (Ch. M., I, p. 236), que "un drama espantoso desgarró su conciencia hasta el fin" (I, n. p. 126), y que "su corazón estaba lleno de tinieblas y de lágrimas". (Et nunc manet. in te - 10-IX-1922-p. 106).

Y a un corazón en sombras y en llanto, no se le puede hablar sino el lenguaje de la ternura. Gide murió y ya no escuchará esta voz amiga de un sacerdote belga que ha esperado hasta el fin su retorno, que ha bus-

cado y amado sus mejores recuerdos, y que, con infinito tacto, ha puesto el dedo en la llaga de sus peores errores, tratando de respetar siempre el misterio de su responsabilidad.

Sí, Gide ya no escuchará esa voz inconfundible. Pero queda la nobleza del gesto, perdura esta exquisita y desacostumbrada manera, hecha de caridad sin fraudes, de realizar crítica de ideas a la luz indefectible de la Revelación.

Y ese ejemplo señorial y sencillo, sacerdotal y humano, ya es una voz, impostada de ternura, que preludia el encuentro con los "hijos de esta tierra" para transmitirles al alma el secreto de la esperanza y de la felicidad.

No es que antes no haya habido actitudes similares. Pero no por eso hemos de callarnos el gozo y la alabanza cuando surge una de tan excepcional valor.

Esta obra, sin duda alguna, tiene deficiencias. No hay tarea humana que no las tenga. Quizás algunas apreciaciones, con el pasar del tiempo, pierdan su vigencia o parezcan, incluso, exageradas. En ocasiones, en el afán generoso de atraer a los hijos pródigos, se ataca con alguna vehemencia ciertas posturas, si se quieren equivocadas, pero sinceras, de los buenos hijos de la Iglesia, en concreto nos acordamos ahora de Veuillot.

Siempre permanecerá, de todos modos, este alto ejemplo de comprensión y de abierta, cristianísima capacidad de hallar y querer salvar lo bueno. Quedará como paradigma imitable, ese "estilo sacerdotal" de decir a los extraviados "hijos de esta tierra", que son también hijos del Cielo, en el cual hay muchas moradas.

"A la noche seremos juzgados en el Amor", dice San Juan de la Cruz.

Bienaventurado tú, Charles Moeller, porque te van a hallar una medida llena, rebosante. Mi deseo, hace tiempo, es para que sea así, dichosamente y para siempre.

CARMELO SALVATIERRA, S. J.